7 CARTA DE UN BIÓLOGO A UN AMIGO TURBADO

Pierre Saglio

CESHE
Circulo histórico
y científico
de Tournai (Bélgica)

Querido amigo,

gracias por haberme enviado el n° 1272 del *Courrier Hebdomadaire* de Pierre Debray, del 11 de noviembre 1996, sobre la información tan grave dada recientemente en la prensa **acerca del reconocimiento de Juan Pablo II del buen fundamento de la teoría de la evolución.**

Desde luego, Juan Pablo II no ha dicho que rehabilitaba a Darwin. ¡Vaya consuelo! No es más que un título periodístico destinado a convencer a los lectores, pero que resume bien el problema. Por otra parte no creo que Darwin, no siendo católico, haya sido nunca condenado; por tanto no es posible rehabilitarlo. Por el contrario, lo que Juan Pablo II ha garantizado es precisamente la teoría de la evolución, puesto que decir que *"la teoría de la evolución ya es más que una hipótesis",* da a entender que es una certeza.

Estas son las palabras en cuestión leídas por Juan Pablo II ante la Pontificia Academia de las Ciencias:

"La convergencia, en modo alguno buscada o provocada, de los resultados de los trabajos realizados indipendientemente unos de otros, constituye de por sí un argumento significativo en favor de esta teoría..."

Se trata sin duda de la teoría en general, que supone una continuidad en el mundo animado y una filiación entre los grandes grupos de seres vivientes desde la supuesta aparición de la vida en "la sopa" primordial. Por otro lado en ese sentido la ha percibido Pierre Debray, como todos los que han oído esa afirmación de Juan Pablo II, que se ha difundido come un relámpago, desarmando las pocas ganas de resistencia que aún resistían en medio del martilleo científico-mediático pro-evolucionista, al que está sometida toda la sociedad actual.

Una afirmación así, sin embargo, no es compartida en absoluto por el Prof. Denton, biólogo molecular, director del Centro de genética humana de Sydney, en Australia; que es más bien agnóstico, al menos todo lo hace suponer, el cual piensa y demuestra que, por el contrario, **la genética moderna pone totalmente en discusión esa hipótesis**, confirmando así el desafío a la teoría, constituido por la ausencia casi total de las innumerables formas de transición (los famosos "eslabones" ausentes) que esa hipótesis implica, por no decir de los demás retos que ponen la embriología, el cálculo de probabilidades y las desmentidas que vienen del descubrimiento de "fósiles vivientes" (como el Caelacantus). Le aconsejo que lea atentamente esa obra con prefacio del Prof. P. Schützenberger (miembro de la Academia de las Ciencias). Científicamente ha-blando, ella constituye, en mi opinión, el mejor estudio que yo conozca sobre ese tema.[1] Es un libro apasionante, bien traducido, de fácil lectura y muy pedagógico, para cualquiera que se interese un poco de biología y, además, notablemente documentado.

[1] . « L'evolution, une théorie en crise », de Michael Denton, Champs, Flammarion, 1992.

Cito un párrafo de su conclusión: *"Sea como sea nuestra opinión sobre el estado actual de la teoría darwiniana, sean las que sean las razones de su indiscutible atractivo o la realidad de su estado de crisis, una cosa es cierta: después de un siglo de esfuerzos intensos, los biólogos no han logrado aportarle una confirmación significativa cualquiera. De hecho, la naturaleza no ha sido reducida a la continuidad que exige el modelo darviniano, y la "casualidad" no es ahora más creíble en cuanto agente creador de la vida... En resumidas cuentas,* ***la teoría darwiniana de la evolución no es ni más ni menos que el gran mito cosmogónico del siglo XX****".*

Está claro, contra lo que afirma la alocución del Pontífice, que si la teoría de la evolución se impone a todos los niveles de la sociedad, no es a causa de la concordancia de las pruebas científicas, las cuales, al contrario, la contradicen, sino más bien **por razones ideológicas orquestadas a nivel mundial, ya que representa la única explicación "aparentemente" coherente que permite eliminar el recurso a lo sobrenatural**.

Igualmente es paradójico, pero sobre todo dramático, que Juan Pablo II haya escogido precisamente el momento en que esta hipótesis es descalificada por la misma ciencia moderna, para darle su aval, ¡con todas las consecuencias demoledoras que eso llevará consigo!

Al contrario de Pierre Debray, que usa la ironía para desacreditar el artículo de "Le Monde", respondiendo a la frase de Juan Pablo II, e intenta así darse ánimo en su propia opinión (según la cual esa noticia no tiene nada que pueda turbar la conciencia católica), yo veo esa respuesta de "Le Monde" muy oportuna. Vuelvo a dejar la palabra al Prof. Denton, que comparte el parecer de "Le Monde": *"****La importancia cultural de la teoría de la evolución es por lo tanto inconmensurable... Ella representa el triunfo de la tesis laica que... ha suplantado la vieja cosmología ingenua del Génesis en el espíritu del hombre occidental****"*. Está claro que los enemigos de nuestra religión han visto perfectamente, al contrario de P. Debray, las consecuencias dramáticas de esa breve frase.

Debray se consuela, o mejor dicho, se entusiasma, porque el Papa separa la evolución del materialismo biológico de Darwin. En efecto, según él, **la evolución sólo tendría que ver con la parte material del hombre** (su cuerpo, sus capacidades físicas, en una palabra, todo lo que es "animal" en él). Dios, maestro de la evolución, un buen día se habría decidido, viendo probablemente el nivel avanzado al que habría llegado el animal omínido, a escoger uno de ellos para "soplarle" su Espíritu para que se le pareciera, Lo conociera, Lo amara y Lo sirviera.

Realmente hace falta no haber reflexionado nunca **sobre las consecuencias de semejante hipótesis de la creación inmediata del alma humana en un cuerpo animal "preexistente"**, para manifestar ese consuelo.

Imaginemos durante 5 minutos la situación de ese pobre Adán: la víspera de su transformación habría sido un animal, mitad mono, mitad "hombre", lejos de tener la gracia y la agilidad de los demás animales que pueblan la sabana forestal. Viviría en medio de una numerosa tribu en lucha por la vida en un ambiente de los

más hostiles, pero a pesar de todo habría logrado crearse un puesto en el "nicho ecológico" che occupaba (evolución gentil, que es el cuadro del hombre que nos da la prehistoria evolucionista). De pronto, tal vez después de una hermosa noche estrellada, imaginemos que se despierta hombre. Dios le ha infundido el espíritu. Ahí lo tenemos, consciente de su dependencia de un Dios que lo ha transformado y de su destino sobrenatural; dotado con las potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. ¡Y notemos que no es todo! El Catecismo nos enseña, es de fe, que en su bondad infinita Dios lo dotó de dones preternaturales que son, entre otros, la impasibilidad, la integridad, la inmortalidad, la ciencia infusa, por no hablar de la palabra, todo lo cual es perfectamente incompatible con lo que nos deja entrever la teoría evolucionista.

Así pues, de pronto se despierta plenamente consciente en medio de sus hermanos y hermanas, sus parientes, su tribu, compuesta tan sólo por animales estúpidos, pero en lo físico absolutamente semejantes a él. ¡Qué horror!... ¡Qué angustia habría tenido que sentir!... ¡Menudo schok sicológico abominable, al que ningún equilibrio habría podido resistir!... ¿Y adónde va a parar el Paraíso terrenal en todo eso? Al desván de los trastos viejos probablemente también.

¿Se puede amar a un Dios que hubiera hecho una semejante monstruosidad y que, lo peor de todo, hubiera puesto a esa pobre "criatura" ante esa toma de conciencia en un mundo de lucha por la vida, sometiendolo a una prueba de obediencia que, en caso de fracaso, habría sido de condena de toda su descendencia en un castigo eterno?

Poniendonos en un estricto punto de vista naturalista, la debilidad síquica del hombre es de por sí un argumento muy fuerte contra la evolución del animal homínido primate, en la adquisición de las potencias del alma infundidas por Dios para darle su condición de hombre. En efecto, él habría tenido que alcanzar un grado mínimo de autonomía, de agilidad, de resistencia y de instinto, por lo menos como el de los animales contemporáneos, con el fin de poder subsistir con alguna probabilidad de éxito en la lucha implacable por la vida que había de sostener. Ahora bien, el hombre, por su naturaleza, es lo contrario de todo eso. Extremadamente dependiente de un largo aprendizaje hasta una edad avanzada, desprovisto de pelo o de plumas que le permitan resistir a las intemperies, no es ágil ni rápido para escapar de los animales rapaces; con una fuerza física muy modesta para lo que es su talla, sujeto, al contrario de los animales salvajes, a toda clase de enfermedades. En pocas palabras, sin las potencias del alma que le permiten compensar sobreabundantemente, gracias a su industriosa actividad, sus deficiencias físicas, semejante "animal" no habría tenido ninguna posibilidad de sobrevivir.

No, francamente semejante hipótesis no puede llevar, en el mejor de los casos, más que a la negación de Dios y sin duda mucho más también al odio contra Dios.

Por otra parte, digan lo que digan Juan Pablo II y Debray, **todo eso no es lo que implica la teoría de la evolución que, para ellos, *"es más que una***

hipótesis". Según esa teoría, en efecto, las potencias características del hombre, que son su capacidad de razonar, de concebir conceptos abstractos, expresandolos con un lenguaje, etc., proceden de la materia y no son más que el resultado del complejo juego del funcionamiento de hormonas y de la evolución del cerebro, que no ha dejado de completarse en el transcurso del tiempo.

Esa hipótesis no es que niegue por fuerza la existencia de un Dios, pero **entonces es el Gran Arquitecto del universo de los masones deistas, que habría dato el impulso inicial (el *Big-Bang* citado por P. Debray), para desinteresarse después de su creación y dejarla progresar poco a poco (gracias a la evolución) hacia el punto Omega, es decir, hasta alcanzar al mismo Dios**.

Volvemos a encontrar a Teilhard de Chardin y las desviaciones de los teólogos que niegan toda discontinuidad entre lo natural y lo sobrenatural o, en cierto modo, las elucubraciones de la *New-Age* que pretenden que la humanidad finalmente haya llegado a un grado de evolución suficiente para entrar en contacto con sus maestros extraterrestres. **Esta teoría que niega a Nuestro Señor y a toda la Revelación**, que conduce (quiérase o no) a las teorías racistas, tiene por lo menos la "vantaja" respecto a la hipótesis de Debray, de presentar una cierta coherencia interna, que constituye su fuerza de seducción para todos los que niegan la Revelación cristiana.

Después de defender la realidad del proceso de la evolución, Pierre Debray, desafiando toda lógica, afirma que ya no tenemos que preocuparnos, pues desde la aparición del hombre el proceso se ha detenido y ahora el hombre controla su propia evolución. ¿En qué se apoya para afirmarlo?... Es totalmente absurdo, dado que la evolución, por principio, resulta automáticamente de la interacción entre el viviente y su ambiente. **No hay pues motivo alguno, si la evolución es una realidad, para que el proceso se detenga**. Si para justificar su afirmación se apoya en el hecho de que desde la época histórica ya no se constate la evolución, es, me parece, una indicación muy fuerte de que nunca la haya habido.

Entonces, para poder interpretar la Revelación a modo suyo y relegare lo que disturba a su tesis en la categoría de "cuentos y leyendas", Pierre Debray saca su arma suprema, que consiste en ponerles una etiqueta infamante a quienes a pesar de todo quisieran seguir aún creyendo en la inerrancia de la Revelación bíblica. Los cuales serían *"fundamentalistas como los musulmanes, de la misma pasta... Desde luego, la Biblia no es un libro de ciencias exactas, y el fin primario de la Revelación no es hablarnos de biología. La Biblia habla según las apariencias que a veces, e incluso a menudo, pueden corresponder a la verdad. Quiérase o no, ese libro revelado y sin errores* (cf. acto de Fe) *puede dar indicaciones que hacen referencia a las leyes creadas por Dios para gobernar la organización del mundo material, sin que por eso se caiga ipso-facto en el error fundamentalista. ¡De todas formas hay, de vez en cuando, algo de cierto en lo que cuenta la Biblia, incluso en la doble narración del Génesis!..."*

No se moleste, P. Debray**:** Dios, en su conocimiento y en su solicitud hacia nuestra debilidad, con el fin de darnos argumentos para desbaratar futuras

trampas de una cierta ciencia moderna, inspiradas por el padre de la mentira para arrancar a Dios de las conciencias y promover en su lugar al hombre, Dios, digo yo, ha condenado la teoría de la evolución del modo más absoluto y con una insistencia que no puede ser atribuida a la casualidad. En efecto, en el texto de la creación, El repite como un estribillo, cada vez que crea seres vivientes: *"según* ***sus especies*** *los creó"*, significando que cada grupo grande designado en el Génesis ha sido creado con sus características propias, excluyendo así que puedan derivar unos de otros como afirma el prostulado de la evolución.

¿Por qué Dios, que es nuestro Padre, habría afirmado con tanta insistencia un detalle así, si no fuera exacto? ¿Por pura expresión poética? Sin duda que no, pero evidentemente para darnos elementos de juicio con el fin de preservar nuestra Fe. Es muy significativo y tranquilizador constatar con Denton que la genética molecular moderna llega a la misma conclusión, con gran asombro y contrariedad de los mismos evolucionistas.

Por último, Dios, que no habla para no decir nada, sino más bien para instruirnos, Dios, que es la misma Verdad y no puede mentir, no nos dice que tomó un animal para crear al hombre. Tiene mucho cuidado en precisar que lo plasmó del fango de la tierra, es decir, a partir de los elementos que constituyen la creación (¿de dónde ha sacado P. Debray que el fango era materia viviente?). ¿Por qué Dio nos habría escondido el haberse servido de un animal para infundirle su Espíritu, si así lo hubiera hecho?... Pero si, por el contrario, se preocupa de precisarnos bien que el hombre no ha sido hecho a partir de un animal, es tal vez para prevenirnos contra ese error tan dañino para la Fe. No hay nada en ello que no sea comprensible por el más pequeño de los hombres, y eso no es exigir al texto bíblico explicaciones científicas profundas, sino saber leer el texto que nos ofrece. Querer negar tal evidencia es negar al texto bíblico toda credibilidad, toda posibilidad de transmitir una verdad cualquiera; y eso es precisamente lo que quieren llegar a probar nuestros adversarios.

Como si no bastara, y para convencernos de antemano de que el hombre no tiene ningún parentesco con un animal preexistente, Dios le dijo a Adán que les diera nombre a todos y que de ese modo viera si entre ellos encontraba tal vez una compañera... ¡Una indicación sorprendente! Pues bien, ¿qué respondió Adán después de haber examinado atentamente todas las criaturas vivientes? Que no, que estaba claro que ninguna podía ser para él una ayuda y una compañera. Si él hubiera sido formado a partir de un animal, que en la hipótesis evolucionista no podía ser único, no habría tenido más que el apuro de elegir para tener una familia capaz de satisfacer su instinto animal de procreación entre sus numerosos primos y demás homínidos que en todo le eran físicamente semejantes. ¡La habría encontrado bella pero estúpida, un ideal que muchos actualmente quisieran!

Todo eso es abominable, y de verdad hace falta haber perdido toda noción de la grandeza y dignidad del hombre, obra maestra del amor de Dios, para sostener semejantes teorías sin estremecerse.

Si las teorías científicas modernas, que no son la ciencia, te turban (reconozco que a veces con razón), dí a menudo tu acto de Fe, pensando en la Revelación, y recuerda que *"el que tenga oídos para oir, que oiga, y el que tenga ojos para ver, que vea"*; recuerda sobre todo que: *"Si no os haréis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos"*. Pues bien, es proprio del niño creer firmemente lo que le enseña su padre, a pesar de que los malos compañeros y la madrastra le digan lo contrario. Y nuestro Padre es el Dios tres veces Santo, que se ha preocupado de revelarnos nuestro origen y nuestro destino.

Yo creo por lo tanto, a pesar del mundo, a pesar de la "ciencia", a pesar de esa alocución pontificia y a pesar de la gente, que no procedo de un animal, sino que he sido creado a partir de Adán, el primer hombre, cuerpo y alma, a imagen y semejanza de Dios, conforme al modelo perfecto que es Nuestro Señor Jesucristo, y que la mujer ha sido formada a partir del hombre, conforme al modelo de la Stma. Virgen María. Eso es lo que justifica nuestra plena responsabilidad en la culpa original, así como la sublime grandeza de nuestro destino.